

Después de estudiar cine, navegar por las aguas del submundo publicitario y rodar algunas piezas experimentales, José María de Orbe ha tardado cuarenta y tantos años en realizar su primera película. Nunca es tarde si la dicha es buena. Protagonizado por una Aina Calpe en estado de gracia bressoniana, “La línea recta” es un filme verdaderamente importante que desarma por su simple, llana y rara honestidad. Si además lo enmarcamos dentro del desolador panorama de nuestro cine, ya podemos echar las campanas al vuelo.



José María de Orbe LA IMPORTANCIA DE SER HONESTO

Texto Philipp Engel

“Será una película despiadada y eso me gusta”.

MICHELANGELO ANTONIONI

La cámara sigue los pasos de Noelia, una chica que todavía no ha cumplido los treinta y malvive en una deprimente situación cercana a la precariedad, encadenando un trabajo basura con otro. Primero la descubrimos en una gasolinera perdida en la noche del extrarradio y más tarde la vemos pasar arrastrando el carrito de sus miserias para buzonear inútiles folletos publicitarios por los barrios de la periferia barcelonesa. No se le conoce familia, ni amigos, ni amantes: ni los quiere, ni los desea. Su negra mirada nos comunica que está enfadada con el mundo. Y sin embargo, continúa caminando por “La línea recta” como empujada por esa necesidad humana o más bien animal, casi absurda, de seguir existiendo aunque nos sintamos completamente perdidos y nuestro congelado corazón se haya transformado en una nevera vacía con restos de comida putrefacta. ¿Qué le pasaría a Noelia si se detuviera? José María de Orbe, un tipo franco y amable al que le gusta conversar, opina que, si Noelia se parara a pensar, probablemente “caería al abismo. El personaje es más bien un animal que actúa de una forma irracional. En el caso de que tratase de racionalizar todo lo que le ocurre, no lo entendería y explotaría. Llegaría a un punto en el que diría ‘ya no tengo explicación’. No puede comprender y se refugia en una actitud muy primaria, como la de un reptil, y reptar por la vida protegiéndose, porque de lo contrario... De hecho, yo tampoco entiendo nada de lo que pasa a mi alrededor. No entiendo este país. No entiendo por qué el mundo en el que vivimos es como es. No entiendo a esta gente del cine español

que se manifiesta contra la Guerra de Irak y luego se muere por tener una butaca en la gala de los Oscar. No entiendo nada”.

Y LA VIDA CONTINÚA...

“La línea recta” es un intento mucho más que logrado de llevar a cabo un tipo de cine muy en boga más allá de nuestras fronteras, pero prácticamente inexistente dentro de nuestra cinematografía. Un cine que rompe con las formas narrativas tradicionales, que elude la clásica estructura de planteamiento / nudo / desenlace, que evita los acentos y las explicaciones de corte social, moral o psicológico. Un cine despojado de juegos de artificio que deja al espectador totalmente libre de sacar sus propias conclusiones. “Mi compromiso con el cine”, dice Orbe, “es éste: yo prometo y juro aquí mismo ser honesto”. Servidor aplaude la moción. Ni en el cine, ni en la vida abundan los que puedan jactarse de ser honestos. Hay mucha gente por ahí suelta que disfruta comportándose como el más sucio de los roedores y luego, hinchados de su ridículo ego, se miran al espejo y, todo chulería, llegan incluso a sentirse cómodos dentro de su estúpida superficialidad y hasta orgullosos de sí mismos. “Claro, estamos rodeados de trepas. Mira, yo puedo decir que soy un hombre con principios: aunque ya no esté de moda, me da lo mismo. Sólo llevo a cabo proyectos que encajan con mi filosofía. Es muy importante llegar a ser coherente con uno mismo. Con ‘La línea recta’ se trataba de hacer algo que saliera de dentro. Noelia es un personaje que Daniel V. Villamediana –coguionista y crítico de la muy cinéfila Letras de Cine– y yo escribimos desde las tripas, desde una forma de sentir de la que yo hablaba con mi mujer y que ella también

sentía. Mi primera fuente de inspiración fue ese cuadro de Malevich, el cuadrado negro sobre fondo blanco. Noelia es una mancha de materia negra. No puede haber nada más duro, más triste, ni más escondido. Me planteé un personaje al borde del precipicio. Está en esa línea en la que o caes al hoyo o sales de él. Yo mismo siento que camino por esa fina línea en la que, si das un patinazo, te derrumbas. Reconozco que vivo en el límite y no sé muy bien si es que me gusta vivir en ese límite o es que no sé salir de él”. A Del Orbe se le admira como al funambulista que avanza sin red ante los ojos morbosos de un público tenso por ver si podrá mantener el equilibrio hasta llegar al final de la cuerda. “La línea recta” es un filme hiperrealista al tiempo que abstracto –en el arte, como en todo, los extremos se tocan–. Un filme que cala hondo y crece en el corazón de un tipo de espectadores muy determinado. Porque se trata de una película dirigida a personas –personas que pueden considerarse personas– y que “saben muy bien lo que es el dolor. Cuando la gente que conoce el dolor se encuentra con Noelia, no necesita más explicaciones. Si desconoces lo que es el dolor, esta película no es para ti. La gente sabe lo que es sufrir de verdad no está sola. En nuestras biografías, por ejemplo, hay tragedias y desgracias comunes. Y una de las cosas de las que sí que estoy completamente seguro es de que somos más lo que hemos tenido o lo que hemos perdido que lo que tenemos. Nuestra sociedad se mide por lo que cada uno posee y eso no es más que una gran mentira: el éxito, triunfar, salir en la foto... todas esas tonterías. Los seres humanos nos reconocemos y nos hacemos amigos porque hemos perdido algunas cosas. Es lo que hemos perdido lo que acaba de configurarnos como seres humanos”.